

## CARTA PARA UN DISEÑADOR MUY JOVEN\*

Si yo fuera un diseñador muy joven, estaría convencido de que mi oficio es hoy sumamente difícil. Esto se debe a que se encuentra en una encrucijada fundamental, y nadie sabe con certeza cómo hacer para que las distintas partes de su fisonomía configuren una imagen nítida como parte de una situación social cuyas connotaciones son demasiado volátiles. Lo llamaría por tanto *diseño negro*, un diseño "en donde se ve negro". Intentaría entonces llegar a las raíces del asunto y preguntarme si todavía tiene algún caso usar la palabra *diseño* para describir estas cosas, o si quizás sólo tiende a perpetuar ciertos malentendidos de la época industrial tardía. De manera polémica, llegaría incluso hasta a llamarle *nueva artesanía*, para referirla otra vez hacia la antigua tradición de las artes aplicadas.

De hecho, si yo fuera un muy joven diseñador o "teleartesano" por así llamarlo, adoptaría el método de autodefensa típico de los muy jóvenes, rechazando instintivamente la agresión lanzada por todo el campo "monumental" sobre el que los valores de nuestra época descansan. Me liberaría de la opresión de tantas palabras (¿especialización?, ¿función?, ¿estándar?, ¿profesión?, ¿empleo?, ¿serialización?) tratando de re-diseñar (o desdiseñar) a partir de fragmentos una situación de diseño "diferente" y propia. De manera que en esta época, en la que uno de los puntos más ciertos es la actitud plurigeneracional hacia el pensamiento "blando", incierto y transitorio, trataría en cualquier caso de encontrar la fuerza (la generosidad) para exponerme a mí mismo a las incomodidades de lo desconocido, a la búsqueda (finalmente, tras tantos años del imperio de la cultura lógica) de un tipo más completo, estratificado y mágico de *diseño emocional*.

Para hacer tal cosa desde las raíces, tendría que sacudirme de todo, aún de las referencias más atractivas para mí, las que constituyen mi necesaria y momentánea salvación, y me refiero a la neovanguardia italiana, a Alquimia y a Memphis, y además al encanto metodológico de Ulm o a los radicales de la era "postUlm" y "postMemphis". Con una mezcla de amor y de odio, borraría a todos los maestros y contra-maestros, academias y vanguardias, neoplasticismo y pop, y a la reconfortante fascinación de las escuelas.

Si fuera un muy joven diseñador, trataría de adivinar la filosofía para la época venidera, la que me gustaría fuese distinta de la de hoy en sus hipótesis de comportamiento; porque hoy, a pesar de los numerosos *slogans* liberadores, las mentes de la gente están cerradas en defensa de una viscosa involución que pareciera aceptar la diferencia y la novedad, pero que de hecho las excluye. Me gustaría tratar de aclarar, para mí mismo y para otros, que una nueva época de distinto tipo requiere de un hombre diferente y capaz de super imponer ambos opuestos: síntesis telemática y dispersión existencial. Me gustaría experimentar el hallazgo de un hombre ancestral y cariñoso; formular el manifiesto "hipermoralista" de un *diseño antimoda*, y me gustaría que mis diseños fuesen capaces de absorber el hambre, la violencia, la pobreza.

Así que si yo fuera un muy joven diseñador, trataría de dejar de lado la falsa certeza que me aporta ese lenguaje tan ampliamente difundido, jubiloso y amoral que por estos días y momentáneamente en el camino correcto, se ha vuelto institucional. Seguiría, en cambio, inciertos, tortuosos y antiguos senderos para encontrar objetos más allá de mi breve existencia, en una visión circular del pasado, el presente y el futuro. Pensaría que mis fragmentos (los mínimos movimientos que constituyen mis objetos) deben ser como acupunturas en el cuerpo flácido de un contexto equivocado: en favor de un hombre nuevo ("un robot sentimental") y de una idea diferente de la conexión diseño + producción + experimentación, y contra el frenesí que conduce al terrorismo.

Si yo fuera un muy joven diseñador, por tanto, sería más bien romántico: criticaría sin miramientos las acciones de los que ya han concluido su obra. Pero lo haría aun por encima o contra mí mismo, y me consagraría a un proyecto de apertura mental y de paz que pudiera engendrar objetos nuevos, no violentos, tranquilos, poéticos y delicados que pudieran ser apropiados para los escenarios en los que el hombre

\* De Alessandro Mendini, tomado de la revista italiana *Domus*, núm. 710, noviembre de 1989. Traducción de Juan Palomar.

nuevo representará los "ritos y fantasías del clan" propios de su cercano futuro como "gentes vivas, pero destinadas a la muerte".

Si yo fuera un muy joven diseñador, buscaría un mapa de referencia con el cual trabajar. Sin embargo, no trabajaría pensando en las tecnologías actuales, ni en las formas del diseño industrial, ni en las posibilidades mercadotécnicas de mi trabajo recién comenzado. Pensaría más bien en Giotto o Kierkegaard, en el seno materno o el *kitsch*, en Singapur o el Islam, en el viento o la miniaturización, los artistas o los hombres desesperados, en la religión o lo incomunicable. Aun si considerara superado el problema generacional, no sería necesario para mí claudicar; tendría que hacer algo más que sobrenadar en el cómodo despun-

tar del manierismo y el eclecticismo reinantes. Querría por un lado ser cruel, reconstruir y oponerme a todo aquello establecido ante mí, y por otro, adentrarme en mi aventura creativa, solitaria o grupal, para escrutar la oscuridad del *diseño negro* en busca de un riesgo desconocido y fascinante, oculto más bien dentro que fuera de mí. Pondría también en juego mi propia ruina, mi credibilidad y mi aislamiento, porque cada época nueva involucra un reto recurrente, con frecuencia sin posibilidad de regreso. Como en una caminata espacial desarrollada en un "vacío" de bienes y ciudades: un *diseño errante* en búsqueda de comunicación cultural entre los hombres, mientras el *diseño computacional* expande al infinito el nirvana de su propia mente helada.

